Primera Parte
EN TORNO A LOS SIETE ENSAYOS DE J. C. MARIATEGUI

Capítulo 1

Las bases económicas

La distancia ideológica que me separa del autor —toda la que media entre el cristianismo integral y el socialismo integral— y la evidente injusticia con que trata a la generación a la que pertenezco, imponen de mi parte, al estudiar sus *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana,* un deber de mayor imparcialidad. Deber fácil en este caso. Tengo el espíritu abierto a la admiración, y la despiertan sinceramente el talento y la obra de Mariátegui.

En curva ascendente ha pasado de la crónica política a la crítica literaria y al ensayo sobre política internacional. Después de pasear su vista por la escena contemporánea, concentra su atención, afinada y enriquecida, en la realidad peruana. Autodidacta en la plenitud de la vida, Mariátegui sigue la orientación intelectual patriótica de la juventud genial de Francisco García Calderón. Después de De Literis y Hombres e ideas de nuestro tiempo, la primera figura de la generación novecentista nos dio El Perú Contemporáneo, obra básica de la sociología nacional.

Entre el libro de la mocedad de García Calderón y la obra de madurez de Mariátegui, hay, además de la diferencia impuesta por esta circunstancia, el contraste entre el ambiente intelectual finisecular y novecentista y el de la post-guerra. Al despuntar el siglo, no obstante la central influencia de Comte y de Taine, el sociologismo histórico atravesaba una crisis de dispersión teorética de multiplicación de

hipótesis y de puntos de vista. En la post·guerra los espíritus sienten la necesidad de afirmar; se ha realizado el *il faut choisir,* de Maurras. Entramos en un período dogmático. Si a veces la realidad peruana en *El Perú Contemporáneo* se esfumaba o perdía en la tupida malla de teorías y doctrinas, esta misma realidad sufre, en los ensayos de Mariátegui, las inevitables deformaciones impuestas por el credo rígido del socialismo pseudocientífico. Pero seamos justos; dentro de ese molde estrecho, ¡cuánto contenido de realidad, y vista directamente, encontramos! Diré algo más: era útil aplicar a la realidad peruana el criterio del materialismo histórico, e intentar la interpretación económica de nuestra vida.

En el materialismo histórico, más que en ningún otro sistema, se da la aplicación de la verdad de Leibnitz. Es verdadero por lo que afirma y falso por lo que niega. La realidad económica no es la realidad total que envuelve además factores vitales y espirituales, pero es la parte más considerable y conocible. En ciertos países, en que las fuerzas vitales han llevado un ritmo lento o han decaído las fuerzas espirituales, la aplicación del materialismo histórico nos aproxima a la más exacta visión de las cosas.

En la evolución humana los hechos cumbres son obra del *élan* vital y del Espíritu, pero los hechos normales, la terrible gravitación cotidiana, son obra de los factores económicos.

El materialismo histórico no puede explicar ni la conquista ni la independencia de América. Mariátegui esquiva inteligentemente las dificultades de la aplicación de ese criterio a los dos hechos fundamentales de nuestra historia. Respecto de la conquista, que es una embriaguez de aventura, un ejemplo típico del *élan* vital, parece inclinarse a aceptar la explicación estética de Vasconcelos. Respecto de la independencia, afirma que no se habría realizado sin una generación heroica, tratando de conciliar "el hecho intelectual y sentimental con el hecho económico". ¡Hermosa inconsecuencia! La aplicación estricta del materialismo histórico reduciría los primeros al segundo, considerándolos apenas como epifenómenos. Esta inconsecuencia y la diferencia que pretende establecer alguna vez entre materialismo filosófico y materialismo histórico revelan en Mariátegui un fino sentido para apreciar nuestra psicología radicalmente opuesta a toda

concepción burdamente materialista. Prefiero, sin embargo, la rudeza de los socialistas ortodoxos que no separan el programa alucinador de su tosca base metafísica. Marx creó el materialismo histórico por ser adherente entusiasta del materialismo filosófico. Era, como se sabe, discípulo de Feuerbach, jefe de la izquierda hegeliana, renovadora del materialismo en Alemania.

Se piensa siempre a través de una metafísica. Es mejor tenerla clara y audaz que subyacente o vergonzante, como sucedía con la mayor parte de los positivistas.

Exageraciones en la aplicación de la tesis materialista y lamentable antihispanismo llevan a Mariátegui a afirmar, sin reservas y matices, que España no fue un país colonizador y que los españoles se preocuparon casi únicamente de la explotación del oro y de la plata, reviviendo el criterio unilateral de la leyenda negra.

En la colonia hay necesidad de hacer diferenciaciones horizontales por lo que se refiere al tiempo y verticales por lo que se refiere a las instituciones. El autor parece no negar su admiración a la conquista. Después de ella, hay un período de creación económica más admirable aún. La aprehensión del continente fué obra de la audacia individual de los conquistadores; la formación de organismos nuevos, la creación de la vida municipal y política y de una nueva vida económica, fué obra de los nuevos pobladores y del Estado. Y si la conquista duró apenas cincuenta años, no fué mayor el tiempo que demandó aquel milagro de construcción y de organización. A principios del siglo XVII España había trasplantado a América todas sus instituciones sociales y sus fuerzas económicas. Se estableció la ganadería, nula en muchos países o limitada en otros a los ejemplares de la fauna autóctona. Se desarrolló la minería, que no contrarió sino que fomentó la agricultura, como lo ha probado Humboldt; se introdujeron nuevos cultivos y se implantaron nuevas industrias que en un momento podían competir con las peninsulares. La de tejidos, antes de la desgraciada cédula de 1711, llegó a tal desarrollo, que no solamente bastaba para el consumo de la población americana, sino que buscaba salida para sus productos. Se erigieron, por último, magníficos edificios para la Iglesia o para los servicios del Estado, que no han sido superados desde el punto de vista

artístico. Es necesario poner de lado todo el movimiento moderno de rectificación histórica que culmina en la obra de Carlos Pereyra para negar a la España del siglo XVI sus títulos, no superados por otro pueblo, de país colonizador y creador. Este período brillante dura, como hemos dicho, poco tiempo. Las energías vitales de España, desparramadas simultáneamente de California al cabo de Hornos, se agotan. Inútil recurrir a otra explicación. Como afirma muy bien Oliveira Martíns, España tenía que decaer inevitablemente; su decadencia se refleja en América. Los organismos se hacen rígidos, la burocracia aumenta, la explotación se acentúa, se detiene el impulso creador; sólo mantienen su vigor las fuerzas espirituales alejadas de los núcleos ya poblados y establecidos en los países de fronteras, porque ellas actúan con cierta independencia del Estado enfermo. (Este hecho ha sido visto claramente por Mariátegui, cuando hace el elogio de la aptitud de creación económica de los jesuitas). La decadencia marca su nivel más bajo en la época en que Juan y Ulloa visitaron la América. Estamos acostumbrados a juzgar la colonia por esa época de máxima decadencia estereotipada en la clásica relación. Un criterio científico impone distinguir en la colonia, desde el punto de vista económico los períodos siguientes: construcción, paralización, decadencia. A los cuales habría que agregar el de las tentativas de reforma de la época borbónica, principalmente de Carlos III. La relativa libertad de comercio, la creación de nuevas unidades políticas, la orientación científica y moderna de los colegios y el fomento de las sociedades económicas precipitaron la formación de nuevos núcleos nacionales. Habría ganado la obra de Mariátegui en claridad y en justicia si no diera únicamente la visión fragmentaria de la colonia decadente de fines del siglo XVII y de principios del siglo XVIII.

Respecto de las bases económicas de la república, da el primer lugar al comercio británico y está en lo cierto cuando afirma que tuvo más influencia en la independencia que la filosofía de los enciclopedistas. Agregaremos nosotros: muchísimo menos que la voluntad heroica y la energía creadora de nuestra propia raza en ese momento histórico. El papel de Inglaterra es mayor después de la independencia que en la independencia. La política inglesa buscó una conciliación entre España y América y sólo se rindió, como la de los Estados Unidos, ante el hecho consumado. La independencia se realizó, como dijo Bolívar,

contra la voluntad del universo. Después de la independencia los países americanos, desde el punto de vista económico, giran alrededor del comercio y del capital inglés.

La evolución económica de la república es dividida en sólo dos períodos: el del guano y el salitre y el de la economía actual. Hace de ellos una interesante y jugosa descripción. Empero, es artificial e incompleto considerar sólo dos períodos prescindiendo de la época que precedió al guano y al salitre y no destacando como período aparte el que comprende, después de la guerra con Chile, el esfuerzo constructor nacionalista. La época actual sólo comienza en la post-guerra europea. Sería inexacto prolongar el período del guano y del salitre liquidado por la guerra del Pacífico, hasta incluir la administración Piérola y las inmediatamente posteriores, o confundir la época reciente, caracterizada por la súbita duplicación de la riqueza y las rentas nacionales, los empréstitos y hegemonía extranjera, con el esfuerzo constructor nacionalista que se inicia el año 1895. El autor incurre en esta última equivocación.

La guerra de la independencia produjo un enorme desgaste económico. Las acciones militares devastaron el territorio y destruyeron la riqueza. Se calcula que el Perú mantuvo un ejército, contando las cifras de ambos lados, de más de 50,000 hombres. A la independencia sucedió el caos político y la absoluta desorganización. La obra de Castilla fué la de crear las bases de una reconstrucción política y económica. No pueden separarse estabilidad institucional, presupuesto, seguridad, prestigio exterior, bases del desarrollo del oriente. Todo eso debe el Perú a la obra de Castilla y todo eso tuvo reflejos económicos. De manera que no es cierto que el gobierno de Castilla fuera el exponente o el resultado de la formación de una clase capitalista, sino a la inversa; el orden traído por Castilla hizo posible la formación o la reconstitución del capital nacional. Este proceso se aceleró y orientó infaustamente por el descubrimiento del guano y el sistema de las concesiones fiscales. A la pequeña y empobrecida oligarquía colonial se agrega, mezclándose con ella, una burguesía nueva que adquirió decisiva influencia política. La plutocracia del guano, que se aprovechó de la obra de consolidación política de Castilla, no supo guardar su mensaje internacional sobre la superioridad marítima del Perú. La

guerra del Pacífico liquidó el período del guano y del salitre, y esta liquidación está bien observada: depresión general de la producción y del comercio, desaparición de la moneda, ruina del crédito. Habría que agregar: destrucción de los fundos costeños, base de la economía peruana. La inconvertibilidad del billete y el contrato Grace marcan las tristes etapas de la liquidación de la guerra. El autor concluye que "la nación sufría una terrible anemia"; mas no nos dice por obra de quién aquel organismo agónico pudo reconstituirse. En su afán de buscar sólo las causas objetivas habla de la aparición de la industria moderna, de la función del capital extranjero y del recientísimo acortamiento de distancias con Estados Unidos y Europa, prescindiendo de los factores principales: el esfuerzo individual y la obra del Estado. Las fortunas del guano y del salitre habían desaparecido en el absentismo europeo, en la crisis financiera y en la destrucción por los chilenos de las maquinarias agrícolas. Los propietarios peruanos tenían sólo los cascos de sus fundos. Poco a poco, por obra del esfuerzo paciente, la agricultura volvió a su pie normal. Hay que reconocer esto en crédito de los propietarios nacionales. Tal esfuerzo habría sido ineficaz sin la obra de estabilidad política y de acierto administrativo, que significó el gobierno de Piérola. Clamorosa es la injusticia con que le trata Mariátegui. La política económica de Piérola no pudo ser otra que la de fomentar el capital renaciente; pero ella no se puso al servicio indebido de la plutocracia, como se insinúa. Piérola gobernó con la oligarquía inevitable en ese momento; pero no para la oligarquía. Abolió la contribución personal que ésta había establecido en administración anterior; y su política, definida en el gobierno y fuera de él, fué la de oposición al aumento tributario, sobre todo al de los consumos. Su sistema fiscal de estricta economía y de absoluta honradez hizo posible la iniciación de un programa de obras públicas sin recurrir al empréstito. La estabilidad monetaria fué un beneficio general, sobre todo para la clase obrera. Antes el exportador vendía en oro y pagaba en plata depreciada; por obra de Piérola el salario y el sueldo se pagaron en oro. Censurar a Piérola, en un momento de recreación del capital, porque no siguiera la política del diletantismo socialista de hoy, me parece contrario a todo recto criterio histórico. Piérola en la oposición se mantuvo fiel a su programa. Si hubiera vuelto al poder, a las bases de su política creadora del 95, habría, seguramente, agregado reformas de

orden agrario e industrial. La iniciación de algunas industrias apareció como un resultado de la obra de Piérola; los bancos se desarrollaron a consecuencia de la estabilidad política y de la estabilidad monetaria. De manera que las que se consideran como causas primordiales, son en realidad efectos que después, naturalmente, adquieren el carácter de causas. La obra de Piérola fué tan importante que duró, aun separado del gobierno, seguida fragmentariamente por dos o tres de las administraciones que le sucedieron. El período que señala en el Perú debería llamarse el de la reconstrucción nacionalista.

La guerra europea marca el cuarto período en la economía nacional con sus características sobre utilidades y empréstitos. El autor, que se extiende, y con acierto, al tratar del período del guano y del salitre, omite un estudio semejante de la etapa actual que resultaría jugoso, hecho por un observador tan fino. Habría descubierto curiosas semejanzas entre el período del guano y el del empréstito. La duplicación violenta del capital nacional, por obra de la guerra europea, corresponde al don gratuito de la riqueza guanera. En ambos casos, no bastando al Estado las mayores rentas, se contratan empréstitos. Omite, también, Mariátegui, señalar en esta oportunidad (1) datos muy interesantes sobre la realidad económica actual y el predominio del capital extranjero, lo que podríamos llamar la esclavitud económica del Perú. El partido comunista da una importancia muy grande a los rasgos de esta etapa que caracterizan a los países que llama semicoloniales, porque en ellos la revolución social es al mismo tiempo anticapitalista y antiimperialista. A la fuerza del socialismo, se suma así el nacionalismo. ¿Por qué Mariátegui, entusiasta adherente al programa de la Internacional Comunista, omite señalar esos rasgos? Nos dice en su prólogo que no es un crítico imparcial, objetivo, y que sus juicios se nutren de sus sentimientos y de sus pasiones. Habría que agregar que éstas explican sus silencios. No puede negarse que palpita entre líneas más que una benévola neutralidad para este último período de la evolución económica del Perú. No podemos hacerle la ofensa de atribuirlo a otra cosa que no sea a lo que los franceses llaman la *politique du pire*. La extremación del capitalismo conduce a la

[1] Lo hace después y sólo al referirse a la agricultura de la Costa.

revolución social, que es ideal del autor.